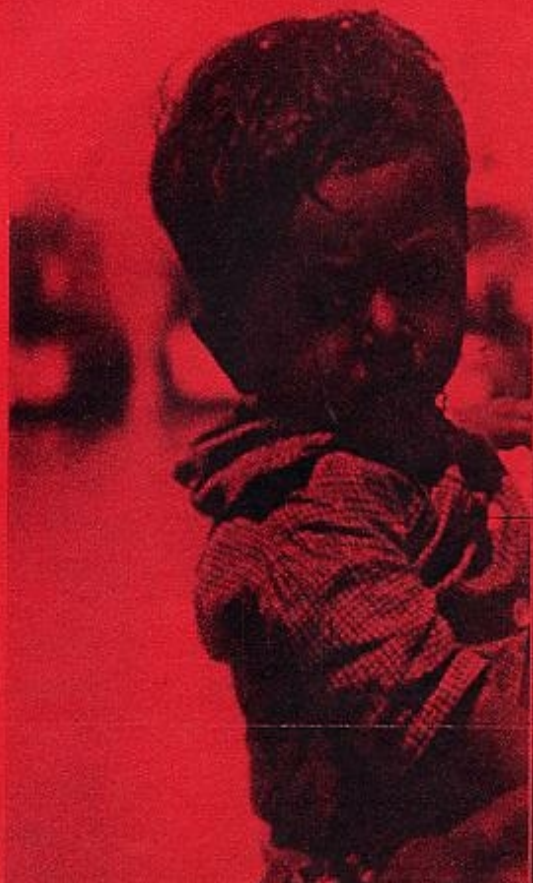




La población india, cuyo índice de mortalidad es el más elevado del mundo y equivale al existente en Europa hace cien años, instala y exhibe su miseria —que aún no ha logrado ser superada— en cualquier lugar y a la vista de todo el mundo. Cuando se produce alguna manifestación de rebeldía —como la femenina que recoge la foto superior— la Policía no tarda en intervenir y llevar a cabo las correspondientes detenciones.

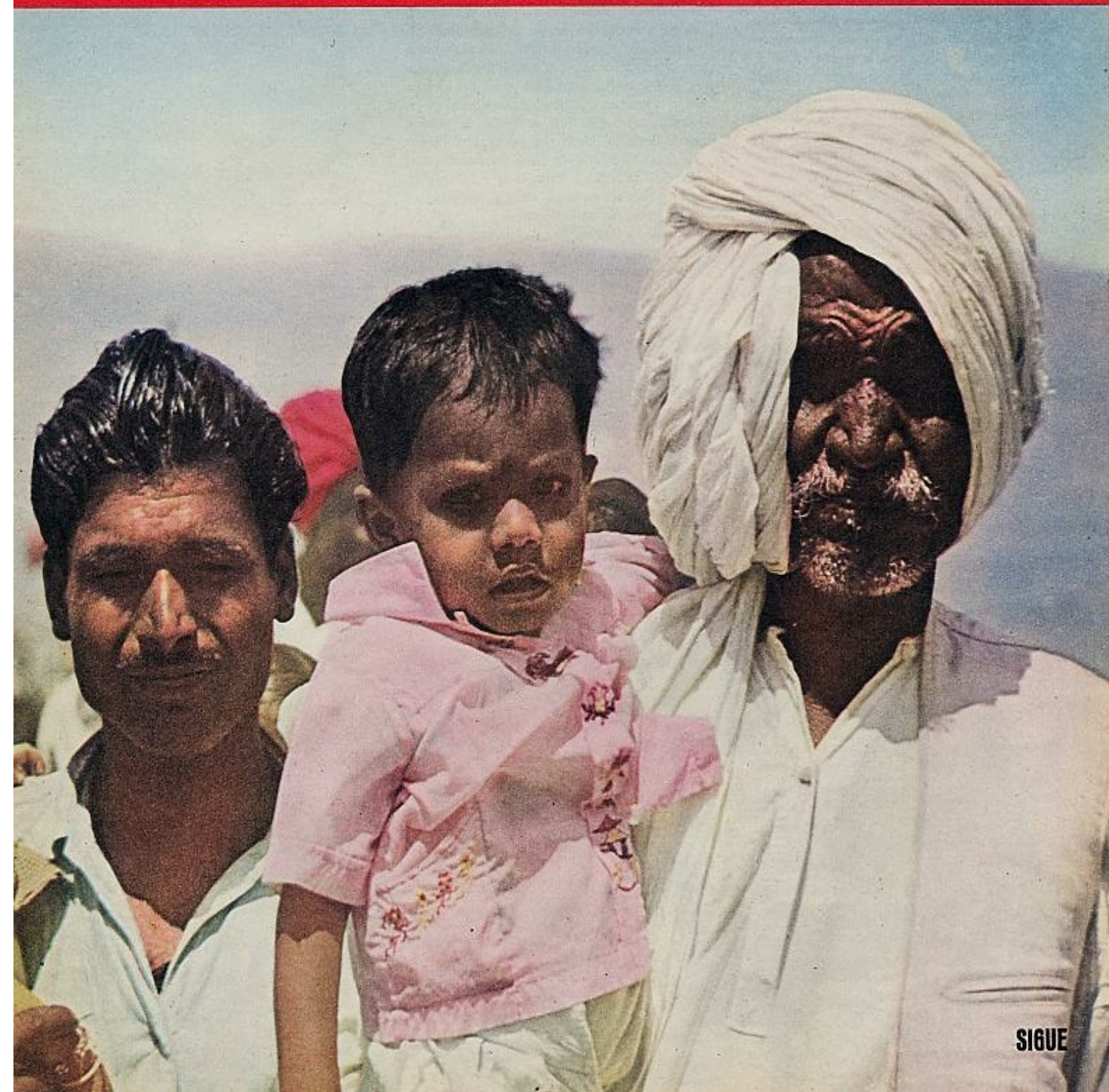


LA INDIA, EXCESO DEL MUNDO;

CALCUTA

EXCESO DE LA INDIA

Por JUAN ALDEBARAN



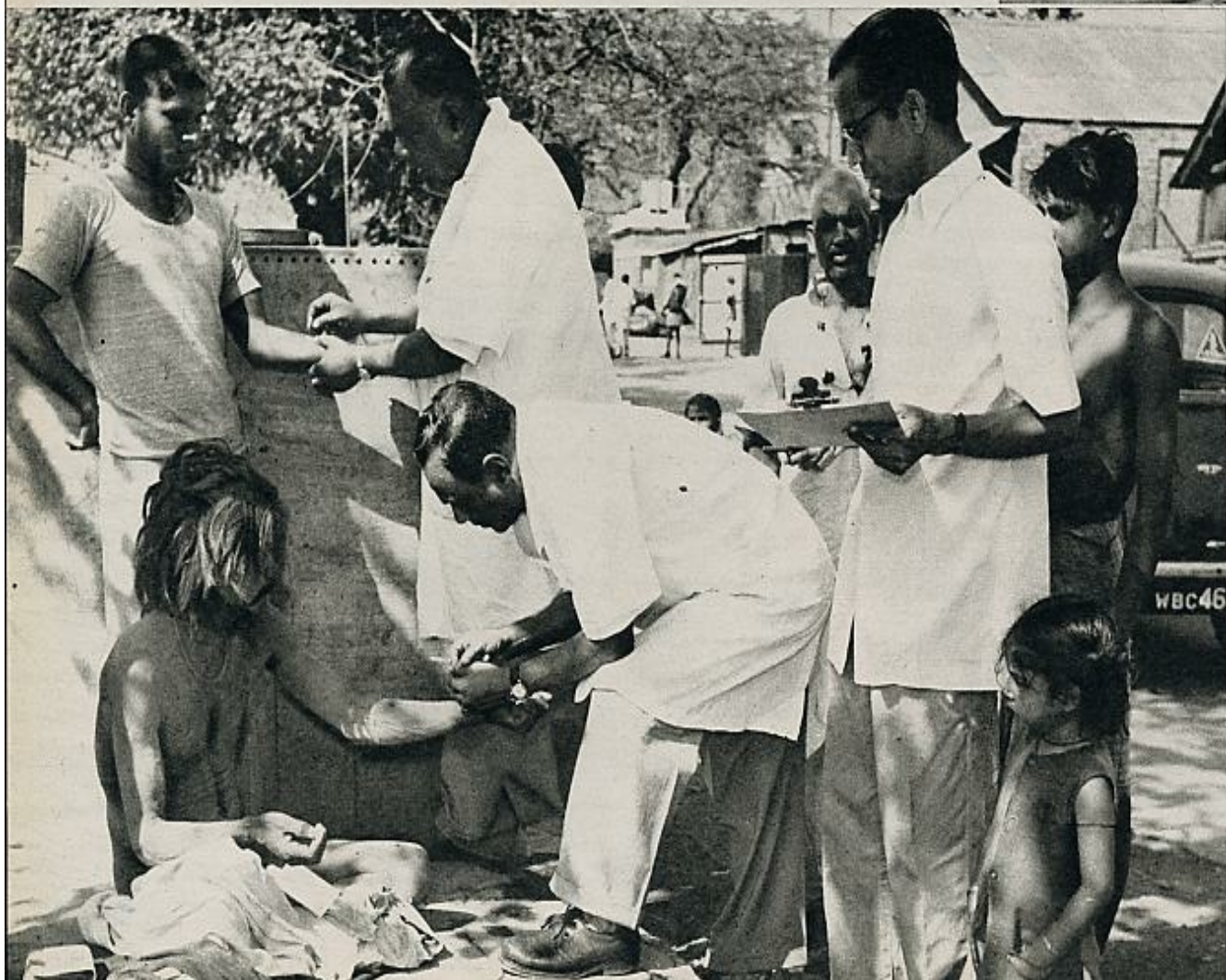
SIGUE

HUBO un tiempo en que los europeos llamaban a Calcuta «Gólgota» (en la pronunciación inglesa los dos nombres tienen una resonancia parecida), tales eran sus sufrimientos en una ciudad de sufrimiento. Los pequeños empleados de la Compañía de las Indias, los militares de la guarnición, los comerciantes, los aventureros: todos esos personajes ingleses que fueron héroes con Rudyard Kipling y no mostraron su servidumbre humana hasta Sommerset Maugham, morían velozmente en el clima húmedo y febril de esta ciudad siempre inundada, con las aguas estancadas en los canales, los cadáveres flotando en el río Hugli, brazo del sagrado Ganges, donde los más espantosos enfermos del mundo se bañan con la esperanza de la purificación. Ciertas campañas sanitarias británicas lograron a fines del siglo pasado reducir la mortalidad de los cinco o seis mil europeos que vivían en Calcuta a la proporción, aceptable para la época, de un 26 por 1.000. ¿Y la de los hindúes? «Los hindúes están acostumbrados a la muerte», decían los colonizadores. ¿Se acostumbra alguien a la muerte? Este escape, esta evasión de la «costumbre local» aplicada a plagas terribles de la vida es frecuente en colonias. «Están acostumbrados a un puñado de arroz y un vaso de té: eso les basta», decían los ingleses en la India, en China. Y luego acusaban a los indígenas de pereza, de fatalismo, de incapacidad para el trabajo: «Ellos son así». Eran incapaces de relacionar el puñado de arroz con los movimientos lentos, con el ahorro de energías de quienes no tenían calorías que consumir. Los ingleses no contaban la mortalidad indígena porque era difícil contabilizar, censar, una in-

mensa muchedumbre sin registro civil, ignorante de su edad, que no declaraba sus muertes ni sus nacimientos. En 1938 la estadística estaba más desarrollada, y se supo que la mortalidad en la India —la mortalidad general— era de 23,7 por 1.000; la más alta del mundo. Peco más o menos la misma que un siglo antes era exclusivamente la de los europeos. Es decir, en condiciones sanitarias, los indígenas de la India iban con cien años de retraso con respecto a sus conciudadanos europeos. Las cifras que da hoy el Gobierno de la India indican que la mortalidad es de un 10 por 1.000. Parece ser que los hindúes están perdiendo la costumbre de morir.

Pero, al parecer, siguen manteniendo la costumbre del hambre. Es curioso que la óptica no haya variado a pesar de los avances sociales y culturales de nuestro tiempo. El escritor italiano Dino Buzzati ha recorrido la India y ha encontrado que los pobres, los que no tienen ni siquiera el puñado de arroz con que subsistir, los que hacen los trabajos más penosos del mundo, los que arrastran los carritos de mano con turistas europeos, no tienen envidia de los ricos, ni rabia, ni reivindicaciones, ni propósitos de venganza, porque «están sometidos a la ley del karma», según la cual los desgraciados han labrado su infortunio con sus propias manos, y no pueden, por lo tanto, considerar que son víctimas de una injusticia. Escuchemos a Dino Buzzati describir (*Corriere della Sera*, Milán, 9 de enero) su encuentro en Calcuta, en la antigua «Gólgota» de los europeos, con un mendigo:

«Aquí, en Calcuta, bajo un pórtico del barrio del mercado, he visto una especie de monstruo, un viejecito convertido en escarabajo. Era negro y esquelético, le faltaba totalmente una pierna,



Las campañas sanitarias que se lanzan con regularidad no han bastado hasta hoy para terminar con las enfermedades endémicas y epidémicas. Por otra parte, al problema específicamente hindú se ha sumado el planteado por el gran número de refugiados pakistaníes que llegan sin cesar a Calcuta. Y, por último, las inundaciones provocadas por la estación de las lluvias no vienen precisamente a arreglar las cosas...

CALCUTA

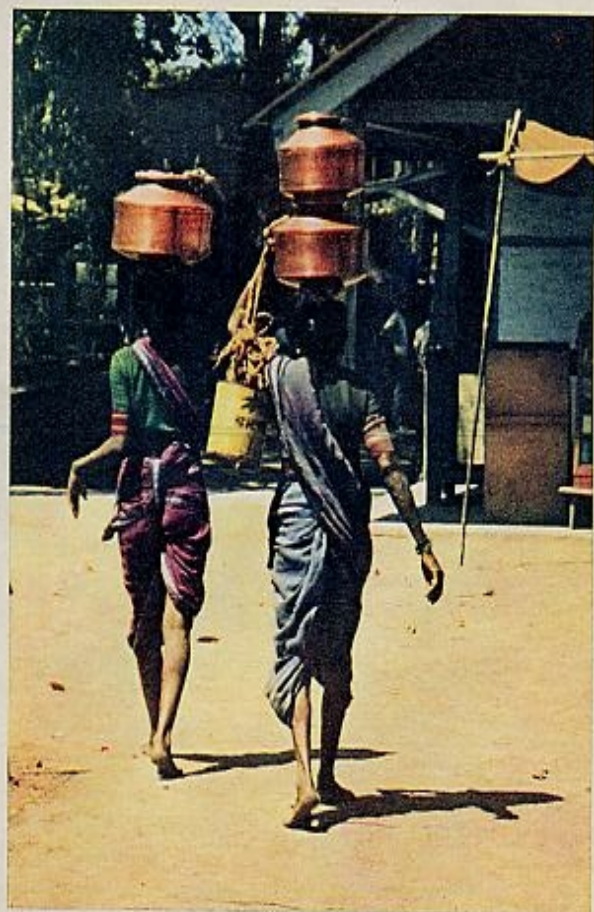
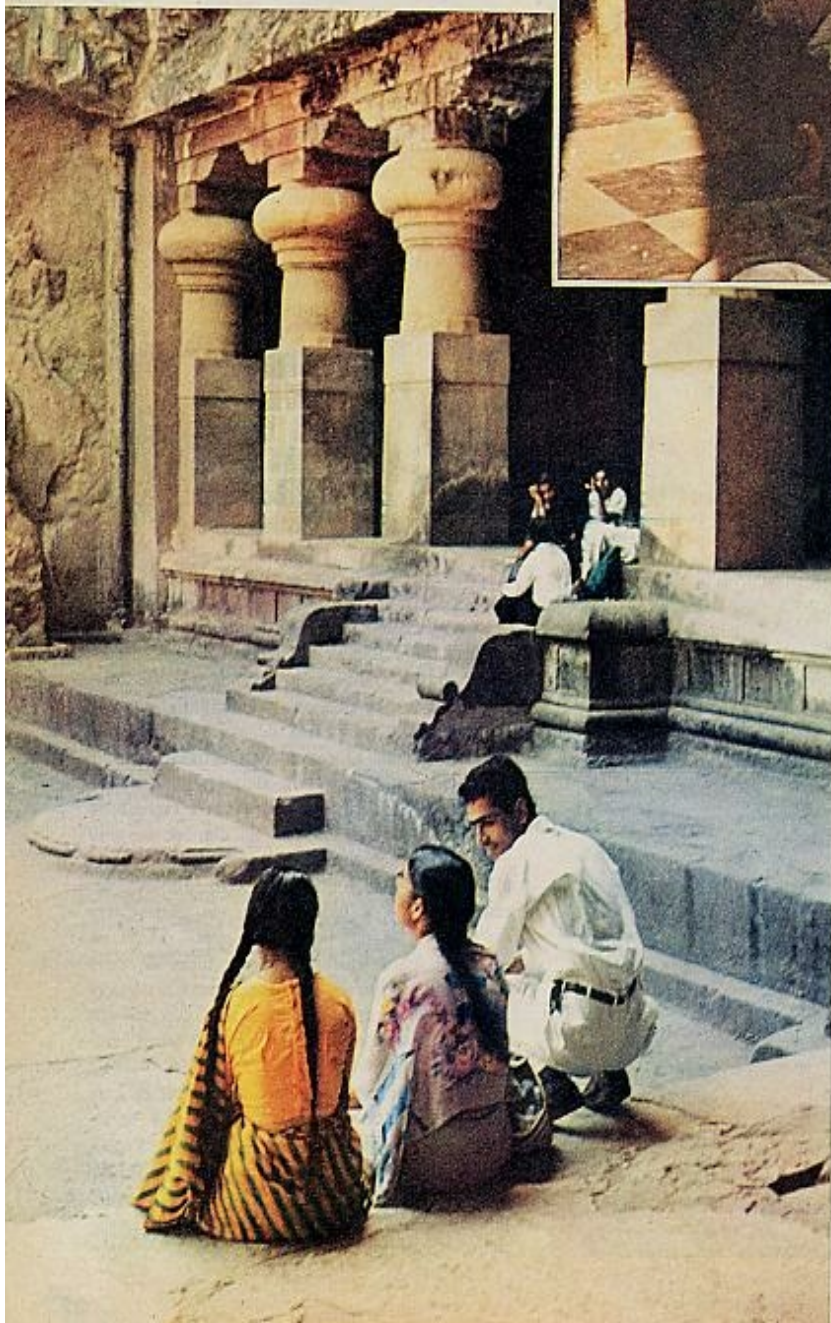
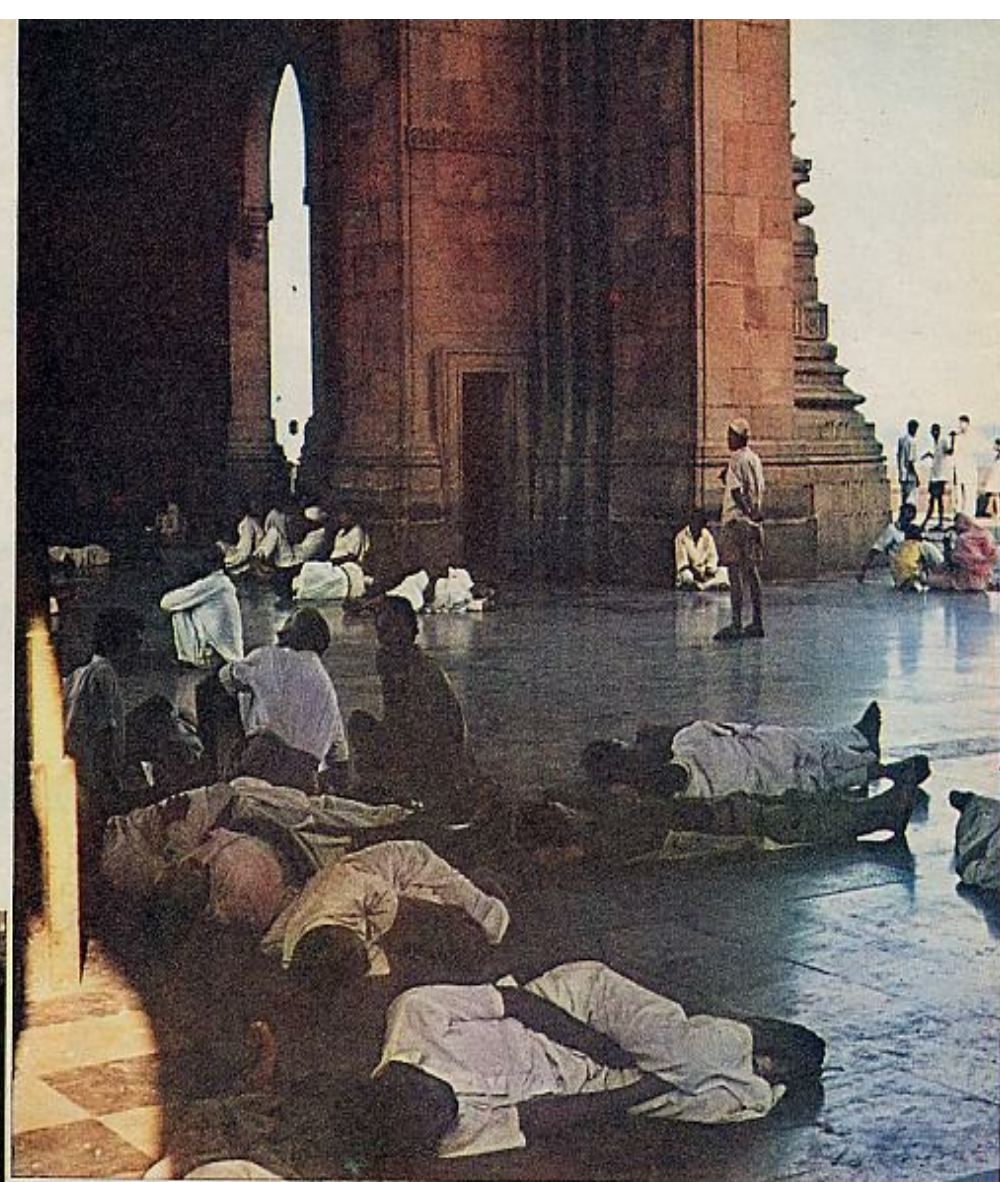


la otra estaba replegada bajo el vientre, si es que se puede llamar pierna a aquel palo verrugoso; yacía sobre la piedra, y con sus manos retorcidas, para llamar la atención de los peatones, batía un tamborcillo metálico. Y sonreía. Era tan horrible, que una señora india que me acompañaba y me servía de guía dio un paso atrás y exclamó: «Estos monstruos deberían estar prohibidos. ¡Por lo menos, alejarlos del centro!» Sin embargo, el monstruo, devastado vestigio de un ser humano (también él, un día, fue un niño graciosísimo; hombres y mujeres volvían hacia él la mirada para contemplarle, tan bello era, tan puro y gentil), el monstruo sonreía, casi reía, y no era la risa del loco o del tonto. Dudo en escribirlo, pero aquella repelente masa de viejo era alegre, me miraba con viveza como si quisiera decir: «¿Qué quieres? Estamos aquí. No hay que hacer caso. Todo lo más, regálame unas monedas».

Dos de las ideas que hay contenidas en esta frase son perfectamente indignantes. La exclamación de la señora india de que «hay que prohibir estos monstruos» —¿cómo se prohíben los monstruos?, ¿por qué poderoso decreto?— es aún menos dolorosa que la idea general del escritor italiano según la cual el **SIGUE**

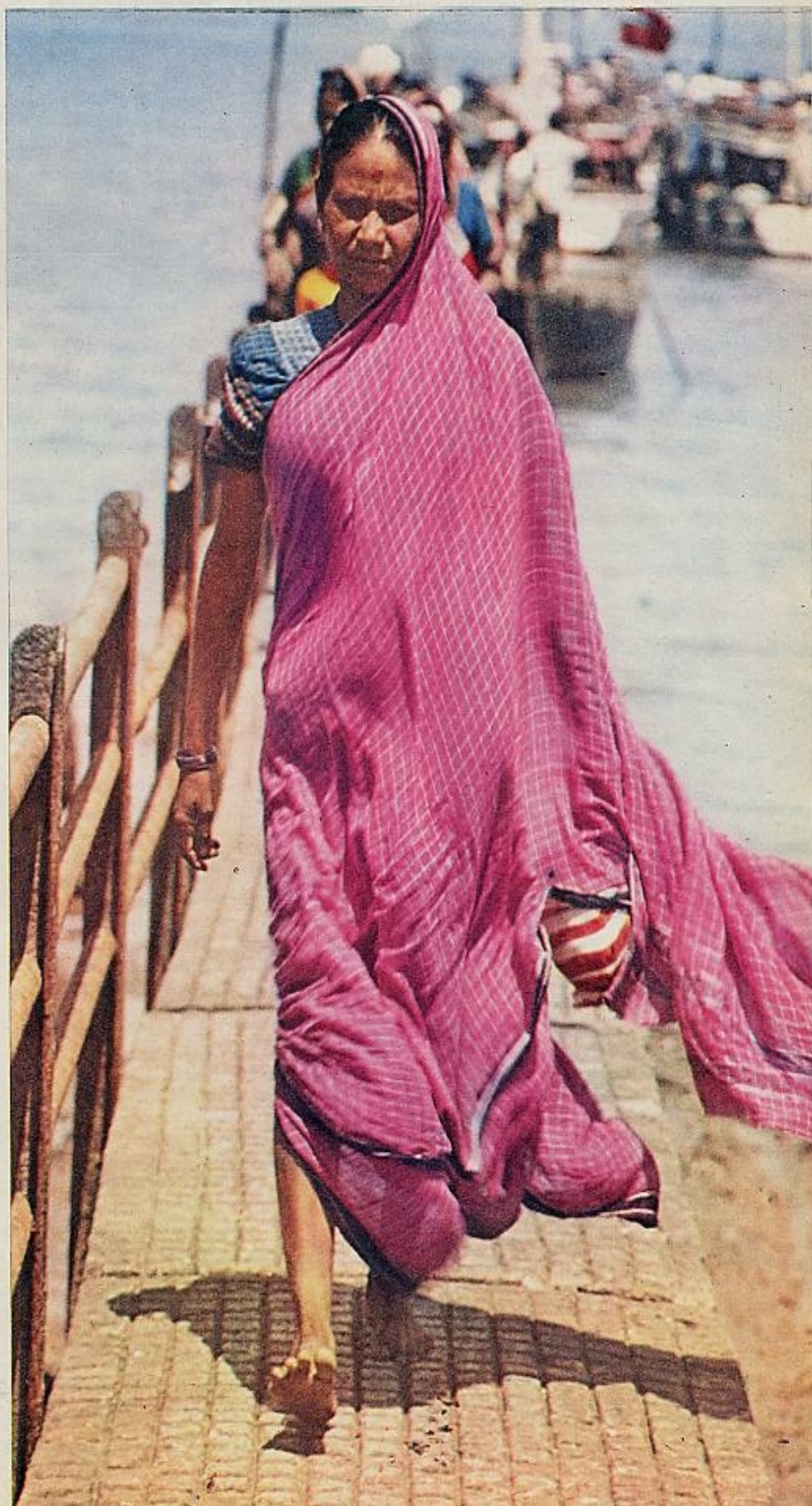
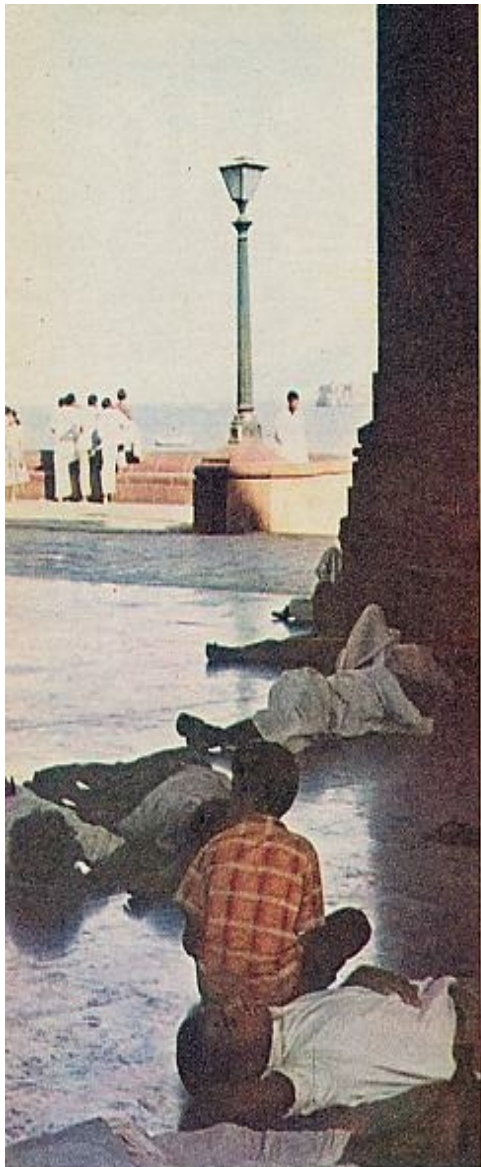
monstruo está alegre de serlo, y lo único que pide es «que no le hagan casos».

La réplica a este conformismo burgués podemos encontrarla en otro escritor italiano que no por ser burgués él mismo se ha alejado de la profundidad de la observación y de la realidad de los hechos. Me refiero a Alberto Moravia, que ha sido viajero de la India y ha escrito un admirable libro acerca de lo que ha visto y de lo que hay detrás de lo que ha visto. Me refiero a «Un'idea dell'India» (publicado en castellano con el título de «Una idea de la India», por la Editorial Horizonte, Madrid, 1964, en una admirable versión del poeta y novelista Jesús López Pacheco). «La pobreza india —escribe— se puede observar sobre todo en las tres ciudades principales: Bombay, Calcuta y Madrás. Quizá no sea casual el que estas enormes ciudades hayan sido fundadas las tres por los ingleses, es decir, que sean en realidad tres ciudades de tipo occidental en las que el antiguo mal de la pobreza india asume un aspecto moderno. Para pintar los barrios pobres de Calcuta, Bombay y Madrás haría falta la pluma de un Dickens o de un Balzac, o sea, de dos escritores contemporáneos de la revolución industrial en Europa, cuya fantasía no era inferior al carácter en cierto modo fantástico de realidad que describían. Así, pues, las tres ciudades mencionadas son ciudades victorianas, entendien-



CALCUTA

Estrechamente mezclados con los aspectos más deprimentes de la miseria, aparecen los vestigios de la fabulosa civilización milenaria de la India. Junto a los monumentos arquitectónicos, el rico colorido del atavismo tradicional no debe hacer olvidar que al país, en su aspecto más actual y vivo, le acucian una serie de problemas cuya solución se va delimitando cada día como algo urgente y de interés para el mundo entero.



do por esta palabra la infame mezcolanza de eclecticismo estilístico, de tristeza industrial y de condiciones inhumanas que todavía hoy se pueden observar en los barrios de slums de Londres o de Glasgow».

Moravia encuentra cuatro razones para explicar la pobreza india. La primera es la existencia de las castas, que aunque hoy está abolido sigue siendo prácticamente existente. Es decir, la creación de un estrato social absolutamente inmóvil, sin posibilidad de pasar de una casta a otra; la primera está constituida por los sacerdotes, la segunda por los militares, la tercera por comerciantes o agricultores, y una cuarta, inmensa casta, formada por los «sudra», los siervos de la gleba, en la que se ha vertido hoy el grupo industrial. La segunda razón, según Moravia, es la de las religiones o, como él mismo aclara, la degeneración supersticiosa de concepciones religiosas tan profundas como el brahmanismo, el budismo y el jainismo. «Un cúmulo de creencias fósiles paraliza la vida india, produciendo un daño económico ingente (se calcula que un tercio de las cosechas es devorado por las vacas, los pájaros y otros animales que por motivos religiosos no se pueden tocar) y obstaculizan el progreso de la educación y la cultura». La tercera causa es la dominación inglesa, «que contribuyó, ciertamente, en manera masiva a aumentar la miseria del subcontinente, destruyendo los artesanados locales y obstaculizando la industrialización con-objeto de crear y conservar un mercado para los propios productos». Pero Moravia entien-

SIGUE



La zona comercial de Calcuta ofrece el aspecto completamente moderno que puede apreciarse en la foto superior. Abajo, dos testimonios de la politización creciente a que

de que, en realidad, esta dura colonización inglesa podría englobarse en el sistema de las castas, puesto que los 110.000 ingleses que dominaron a los 300 millones de indios no eran más que una auténtica casta, una supercasta que se superpuso a la superior de los sacerdotes, utilizando en su provecho una situación de colonización interior ya existente. La cuarta causa de pobreza es dudosa, y el mismo Moravia duda de su validez: el clima y la situación geofísica de la India. Apunta el escritor que «en el pasado se desarrollaron civilizaciones prósperas en climas desfavorables, mientras que civilizaciones miserables languidieron en climas favorables».

En realidad, con esta clasificación, Moravia no ha hecho más que aplicar el patrón con que pueden estudiarse muchas miserias de este mundo: el inmovilismo social con barreras infranqueables, sin permeabilidad; las degeneraciones religiosas en supersticiones y la colonización apoyada en castas favorecidas que crean una economía artificial y destruyen la economía natural en beneficio de las clases dominantes. Este esquema puede encontrarse en cualquier sociedad de hoy, pero siempre con índices menores, con relieves menos acusados, porque la India es un país, digamos morboso, donde todos estos aspectos toman caracteres morbosos. Si el hambre azota a la

humanidad en una proporción de dos tercios (más de dos mil millones de personas comen menos de lo necesario, en un mundo que excede ligeramente a los tres mil millones), en la India el problema alcanza a las nueve décimas partes. India, con Ceilán, ofrecen las cifras más altas de natalidad, en un mundo amenazado por la demografía (26 nacimientos anuales por 1.000 habitantes). Un niño que nace en la India puede esperar vivir hasta los cuarenta y cinco años, y ésta es la cifra de esperanza de vida más baja del mundo (si se exceptúa Méjico), donde la media está en estos momentos situada alrededor de los sesenta y seis años.

Si la India es un exceso dentro del mundo, Calcuta, con sus millones de mendigos —más de dos tercios de la población viven en condiciones de mendicidad; de la tercera parte restante, dos tercios ganan salarios inferiores a lo necesario para su mantenimiento, y Calcuta se aproxima en estos momentos a los tres millones de habitantes, si no los ha sobrepasado ya como consecuencia de la ola de refugiados del Pakistán, de donde llegan por millares semanales—; Calcuta, digo, es un exceso dentro de la India. Los diamantes de Hyderabad, los rubíes de Bengala, las perlas de Ceilán y las telas de Cachemira dan en Calcuta un contraste increíble a estos mendigos como



escarabajos», a estos esqueletos vivientes de ancianos y también de niños totalmente desnudos, en los que el hambre asesina la pureza de la mirada.

¿Cuáles son las posibilidades de la India en el futuro? Shastri, sucesor de Nehru, sucesor de Gandhi, se encuentra en las manos con un país que tiene encerrada una fabulosa energía dispuesta a despertar. Las recientes detenciones de «agitadores», «extremistas» o «pro-chinos» demuestran que la resignación es mucho menor de lo que cree el conformista Dino Buzzati. Gandhi inventó que la resignación y la fuerza pasiva son buenas para desalojar al conquistador colonial, y lo fueron; pero esa resistencia pasiva no basta para reconstruir una nación. El actual Gobierno hace esfuerzos colosales para levantarse de la pobreza mediante planes quinquenales: el tercero, que tenía que coronarse en 1966, cayó por su propia imposibilidad desde 1962. Su posición política de creación de un «tercer mundo» pacifista, de forma que pudiera recibir ayuda de Occidente y del Este comunista, ha dado un resultado relativo. El crecimiento de una población en expansión continua, el número de analfabetos, la falta de estímulo que supone la subalimentación y la falta de objetivos visibles para la población, dificulta la realización de los planes. La situación política de la India en el mundo asiático es muy especial: está rodeada de un comunismo en expansión, que ha demostrado en China, donde seiscientos millones de habitantes —hoy setecientos— vivían en condiciones de inferioridad física totalmente similares a las de la India en la época de la colonización, que no existe pueblo acabado, que no hay maldición racial cuando se aplica un motor realista a un pueblo. Un vistazo al mapa de Eurasia muestra el enorme peso de la U. R. S. S. y de China desplomándose sobre el subcontinente indio, sin más frontera que la de otro enemigo,



CALCUTA

La evolución que en muchos aspectos va realizándose en el país, la prosperidad que impera en determinadas zonas, no es obstáculo para que siga siendo una imagen cotidiana y extendida la del «rickshaw» de tracción humana.

Pakistán, y la inmensidad del océano Indico. Casi quinientos millones de mendigos indios están sometidos a esa presión captadora. Puede decirse que las luchas fronterizas de India con China fueron una especie de vacuna que despertó en la India los anticuerpos de un nacionalismo que empieza a formarse —la división de la India en Estados la mantenía en una situación feudal, de la que aún no ha salido totalmente— y probablemente gracias a esos ataques —que fueron rápidamente repudiados por la U. R. S. S., cuya mayor sensibilidad política le hacía advertir que esa forma de penetración era contraproducente— se evitó una más rápida captación del comunismo

chino. Pero no se puede prever cuánto tiempo tardará la India en producir un sistema social revolucionario.

¿Puede evitarlo aún Occidente? ¿Tiene Occidente capacidad suficiente como para remediar los males de la India? ¿Creen los indios en una ayuda occidental, que hasta ahora sólo conocen en forma de colonización? Todas estas preguntas tienen respuestas problemáticas...

J. A.

(Fotos en blanco y negro:
MITRA-CAMERA PRESS-ZARDOYA
Fotos en color: ILSE MARIA HESS)

va viendo sometido el país. En la plaza Maidán, la mayor de Calcuta, la multitud se apaña para escuchar los discursos de la gobernadora Padmaja Naidu...

